

Introducción

Podría ser, soy consciente de ello, el normal duelo entre generaciones, los viejos que se resisten a la invasión de los más jóvenes, el poder constituido que defiende sus posiciones... Pero esta vez parece distinto...tenemos miedo por ellos,... es como si hubiera algo que necesitara ser liberado. Es entonces cuando me entran ganas de comprender.

ALESSANDRO BARICCO

Los estudiantes siempre han ocupado un lugar importante en la vida de las universidades. Y, si bien en torno a ellos existen varios estudios y teorías, pocas han sido las investigaciones que se han hecho tratando de entender el papel de la condición juvenil en relación con ser estudiante universitario, con todo y que desde finales del siglo pasado el tema de los jóvenes ha irrumpido como preocupación recurrente en debates políticos y académicos.

Hoy en día, se ha tornado evidente que pensar en los estudiantes implica tener presente que son jóvenes; es decir, que sus vidas, experiencias y producciones simbólicas ocurren en atmósferas sociales, económicas, políticas y culturales diversas, muy distintas a la de los adultos. Reconocer este hecho tiene enormes implicaciones para la universidad porque para que los estudiantes se involucren activamente en la institución es necesario que ella misma rejuvenezca. Por supuesto, para ello, es requisito indispensable que la universidad tenga voluntad y apertura al cambio, permitiendo que las nuevas generaciones sean consideradas no tan sólo como matrícula, sino como protagonistas con derechos.

En la actualidad, prácticamente todas las universidades, públicas y privadas, aceptan que es necesario hacer cambios acordes con la nueva época. De hecho, en lo que va del siglo XXI se han llevado a cabo políticas y acciones que buscan transformar el sistema de educación superior en su conjunto. El gobierno ha sido el principal promotor de los cambios

implantando acciones como el incremento de la cobertura, la instalación de mecanismos de evaluación y acreditación, y la adopción de nuevas formas de financiamiento, gestión y administración de la universidad.

En las universidades públicas, como la UNAM, estas políticas, aunadas a la creciente demanda de ingreso, por parte de jóvenes que buscan tener acceso a una universidad de calidad y prestigio, han traído consigo cambios importantes en el tamaño y composición de la matrícula, en la organización del trabajo, en los vínculos académicos y en las relaciones personales establecidas entre los miembros de la comunidad universitaria, así como en las que se construyen entre la universidad y la sociedad.

La mayoría de los cambios promovidos por el gobierno han estado orientados por el objetivo de favorecer el mercado e instalar su lógica en la educación superior. Desde esta lógica, los estudiantes deben tomar el papel de clientes de las instituciones educativas y, consecuentemente, la responsabilidad de las universidades debe centrarse en ofrecerles servicios y productos de calidad, entendiendo calidad desde un sentido que la vincula a la satisfacción de los clientes. De esta manera, la competencia por satisfacer al cliente se convierte en el principio que guía las decisiones de la institución.

En el marco del mandato de la competencia, han proliferado los estudios de mercado y los sistemas de *rankings* o clasificaciones comparativas de instituciones y programas universitarios. Para llevar a cabo estos estudios y clasificaciones, la información sobre las características, experiencias, expectativas, necesidades, opiniones y deseos educativos de los estudiantes se ha vuelto importante. Pero no hay que confundirse, porque desde esta visión la información producida no tiene como objetivo avanzar en el conocimiento de los estudiantes, como condición primigenia para que la universidad cumpla con su responsabilidad social respecto a las nuevas generaciones. A fin de cuentas, desde el punto de vista del mercado, la información sobre los estudiantes debe servir para que las instituciones compitan entre ellas; es decir, para que atraigan clientes.

En México, como en varios países del mundo, en tiempos recientes ha habido varias manifestaciones públicas de estudiantes en contra de la mercantilización de la educación superior. Sus protestas acusan que las políticas implantadas por los gobiernos de tendencia neoliberal implican la exclusión de muchos jóvenes de la posibilidad de “consumir” educación de calidad. Esta acusación no es banal porque, en la actualidad, el sistema de educación superior está muy segmentado y los principios de inserción y participación social de la población se encuentran erosionados. A la fecha, la exclusión y la inclusión precaria están plenamente instaladas en la biografía de muchos jóvenes. De hecho, nos encontramos ante un cambio profundo en las maneras de ser joven.

Ante los cambios ocurridos, las instituciones encargadas de acoger y transmitir valores a las nuevas generaciones —la familia, la escuela y la ciudad— se encuentran desorientadas. Los medios de comunicación intervienen con fuerza en la formación de las personalidades y necesidades de los jóvenes, así como en la configuración de sus identidades. Además, hoy en día, en el país, los jóvenes son el centro de los principales problemas: el desempleo, la violencia y la inseguridad ciudadana; en un marco generalizado de desprotección social; tan es así, que se ha dicho que la sociedad contemporánea mira a sus jóvenes como una “esperanza bajo sospecha”. Por su parte, ellos y ellas, estudien o no, suelen manifestar incertidumbre sobre su futuro, y desencanto con los gobiernos y los políticos. Las vías formales de la política no les resultan apetecibles y les exasperan las burocracias e ineficiencias de las instituciones.

Todas estas situaciones están presentes en los estudiantes universitarios. Y esto no es porque todos los jóvenes sean iguales, sino porque, aun reconociendo la heterogeneidad cultural y la desigualdad estructural que definen la condición juvenil en México, las transformaciones de la sociedad mexicana, ocurridas en las últimas décadas, han tenido consecuencias perversas para la mayoría de los jóvenes mexicanos. Los estudiantes universitarios han sido partícipes de esta perversidad y, por ello, para dimensionar

lo que hoy significa ser estudiante universitario en México es necesario estudiarlos, mirarlos y entenderlos como jóvenes. Eso sí, sin perder la perspectiva de que también son estudiantes.

Desde esta mirada, como lo sugiere el epígrafe con el que comienza esta introducción, este libro busca comprender. Quiere contribuir a entender cómo y quiénes son los jóvenes estudiantes de la UNAM, hoy, y cuáles son sus realidades, experiencias, retos, necesidades, travesías, gustos, anhelos, representaciones y prácticas. Esta necesidad de comprender no surge de la preocupación, desesperanza, disgusto o desconfianza hacia ellos, sino de la responsabilidad que tenemos los académicos de las universidades públicas de evitar mantenernos distantes y ajenos de los estudiantes, de tratarlos con respeto y ganarnos el de ellos. Para lograrlo, los resultados de la Encuesta de Estudiantes de la UNAM (ENEUNAM, 2011) son de gran importancia.

La ENEUNAM, 2011 produjo información estadística poniendo en perspectiva la diversidad de los mundos estudiantiles en relación con la condición juvenil. Los resultados ponen en evidencia que uno de los mayores desafíos para la UNAM es adoptar formas y prácticas institucionales y operativas distintas a las que hoy tiene, para poder estar a la altura de lo que sus estudiantes necesitan, quieren y esperan de ella.

La Encuesta de Estudiantes de la UNAM (ENEUNAM 2011)

En noviembre de 2011, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), mediante un proyecto de investigación anclado en el Seminario de Educación Superior (SES) de la propia institución, levantó una encuesta de estudiantes: la ENEUNAM 2011. Su objetivo general fue: "Producir información estadística que ayude a comprender y analizar la complejidad y diversidad de los mundos estudiantiles y de la condición juvenil en la UNAM". Esta fuente captó información de las y los jóvenes matriculados en esta institución en el nivel de licenciatura; los resultados generales

fueron entregados a la comunidad universitaria y a todos los interesados mediante una publicación, titulada *Encuesta de estudiantes de la UNAM, ENEUNAM 2011*, que fue publicada en 2012 por el Seminario de Educación Superior y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM. Los resultados también han sido presentados en ponencias, conferencias y presentaciones y, en todos los casos, han sido los propios estudiantes los que han mostrado mayor interés por los resultados obtenidos, poniendo en evidencia que ellas y ellos están interesados en que se escuche su voz, para conjugarla con la de sus compañeros que respondieron la encuesta.

Sin duda, uno de los resultados más importantes de la ENEUNAM 2011 es el que informa respecto a que los estudiantes de la UNAM tienen una fuerte identidad universitaria. Este dato es importante porque rebate la idea que ha estado gestándose en el imaginario colectivo respecto a que para la juventud contemporánea apenas tiene sentido la asistencia a la universidad. Querer ser y reconocerse como universitario no es algo meramente abstracto sino que surge del valor que se otorga a la oportunidad de poder asistir a la universidad. Incluso, los resultados de la encuesta muestran que los estudiantes de la UNAM evalúan muy positivamente el carácter público, nacional y autónomo de su institución. La fuerte identidad universitaria que muestran los estudiantes de la UNAM desarma cualquier pretexto para que el Estado y la sociedad mexicana no asuman su compromiso histórico con la universidad pública.

En efecto, los resultados de la ENEUNAM 2011 muestran que el carácter público, nacional y autónomo de la institución forma parte del repertorio simbólico que valoran positivamente sus estudiantes. Por el significado que los jóvenes otorgan a estas características puede inferirse que ven a la UNAM como una universidad que acoge a jóvenes de diversas clases sociales y que tiene la fuerza de resistir los embates autoritarios del gobierno. Sus estudiantes se sienten privilegiados de serlo; incluso la gran mayoría opina que la UNAM es la mejor universidad del país. Asimismo, rechazan la afirmación general de que las universidades privadas son mejores que las públicas.

Estando las cosas como están en México, estos resultados tienen un valor muy significativo. Es muy relevante que la UNAM constituya un espacio que proyecta dignidad a los jóvenes mexicanos y que los que logran matricularse en ella se sepan privilegiados. Pero, claro está, los desafíos no son pocos porque aun sintiéndose privilegiados es frecuente que tengan la percepción de que a la hora de buscar posicionarse en el mercado de trabajo los estudiantes de universidades privadas de prestigio tienen ventajas. Es evidente: hoy en día, la preocupación de estar expuestos al riesgo de exclusión social está presente en todos los estudiantes de universidades públicas, entre otras causas porque la política gubernamental ha tendido a desvalorizar lo público y lo colectivo para favorecer la prevalencia de los intereses empresariales. En apoyo a esta política, los medios de comunicación han desempeñado una función muy importante en orientar las necesidades, las apetencias, los deseos, los miedos y las elecciones de los consumidores, que en el caso de la educación son, precisamente, los estudiantes.

Si bien en términos generales entre los estudiantes de la UNAM prevalece la confianza en la institución, la encuesta muestra que varios tienen desconfianza en los adultos con los que tratan cotidianamente en la universidad. Hay una paradoja fundamental: al mismo tiempo que la autonomía de la universidad aparece como una característica altamente valorada por los estudiantes, no les interesa participar políticamente y desconfían de los miembros de su comunidad, incluyendo sus representantes estudiantiles.

Los resultados de la encuesta permiten apreciar la enorme heterogeneidad estructural y la desigualdad social que privan en la UNAM. Evidentemente, las opiniones, percepciones, experiencias, necesidades, anhelos y comportamientos de los estudiantes están vinculados con esta situación. No da lo mismo ser estudiante de medicina que de administración, ni estudiar en un campus que en otro. No resulta exagerado decir que dentro de la UNAM existen muchas universidades. Por lo tanto, no debe asombrar que las experiencias y opiniones que tienen los estudiantes de la UNAM sean muy diversas.

Con relación a los aspectos metodológicos¹ de la encuesta se ha colocado al final de este libro un breve anexo a fin de que el lector interesado pueda conocer los aspectos esenciales del diseño muestral y del proceso de captación de información en su conjunto. Se recomienda consultar la publicación antes citada (Suárez Zozaya, 2012) a fin de tener un panorama más completo de los aspectos teóricos y metodológicos que guiaron la encuesta, así como de los instrumentos utilizados y de sus resultados generales.

Del título y de los contenidos del libro

Los autores que participan en esta obra son todos expertos en materia de educación superior y/o juventud y comparten con los jóvenes el ser ellos mismos universitarios. Desde esta condición, sus trabajos no solamente están alimentados por los datos de la encuesta y por el conocimiento teórico de los temas, sino por la propia experiencia y el quehacer cotidiano que los académicos tienen en sus universidades y con los estudiantes. El volumen está dividido en siete capítulos que tratan temas de relevancia y dan cuenta de componentes objetivos y subjetivos respecto a las condiciones de vida y las experiencias escolares de los estudiantes de licenciatura de la UNAM.

Uno de los aspectos interesantes de este libro es que ratifica que la misma información vista y analizada desde diferentes enfoques, perspectivas y búsquedas, produce conocimiento y conclusiones diferentes que no necesariamente se contradicen, pero las diferencias se magnifican en el terreno de las interpretaciones. De ahí la riqueza de incluir en un mismo libro autores con formaciones, posturas y visiones disímiles. Los autores de algunos capítulos incluyeron cuadros grandes y pesados, sin embargo la decisión de respetarlos se tomó con base en el criterio de que

¹ Revisar Anexo, ubicado al terminar los capítulos del libro.

la información estadística que contienen, por sí misma, puede resultar valiosa para el lector.

El título del libro *Jóvenes_estudiantes@unam.mx* tiene el objetivo de evocar en los lectores la idea de que para comprender a los estudiantes contemporáneos la universidad debe abrir nuevos canales y formas de comunicación y conexión con ellos. A menudo parece que la institución no se ha dado cuenta de que la universidad ya no es el único ni principal lugar en el que sus estudiantes realizan aprendizajes, lo que se ha traducido, entre otras cosas, en que los lenguajes, razones, saberes y deberes inherentes a la institución carezcan de sentido para las nuevas generaciones. Tal y como lo revelan los capítulos del libro, el mundo estudiantil se ha transformado y los estudiantes y la universidad de hoy viven en un nuevo entorno social y cultural en el que la comunicación, de ida y vuelta, tiene que ser re-construida. Así que, la representación de la relación entre los *jóvenes_estudiantes* y la universidad como una dirección electrónica constituye una invitación a propósito.

Por su parte, como dice Baricco (2008: 14), un libro es un viaje para caminantes pacientes. De aquí que los capítulos del presente representen entregas en las que en el camino de la lectura se va develando, poco a poco, la juventud de los estudiantes. Inicia el libro con el capítulo de Héctor Hernández Bringas quien identifica plenamente a los estudiantes desde la perspectiva de la inclusión institucional. Ofrece un análisis general de variables socioeconómicas y demográficas, revisa la heterogeneidad institucional y reflexiona en la diversidad de las nuevas generaciones estudiantiles. En este capítulo se advierte cómo las desigualdades sociales, históricamente construidas, regulan asimétricamente las relaciones de los estudiantes con la universidad y así se reproducen las desigualdades y las asimetrías. Este capítulo deja claro que la investigación sobre los estudiantes de la UNAM no puede ser separada del reconocimiento de que tienen oportunidades y recursos culturales y sociales desiguales y diferenciados, lo que sin duda tiene implicaciones para el diseño y operación de las políticas institucionales.

En este mismo capítulo está presente el tema de la localización territorial de las sedes de la UNAM y del lugar de residencia de sus estudiantes. Esta cuestión es de particular importancia para una universidad que tiene carácter nacional y cuyo campus principal se ubica en la capital del país. Muestra el texto de Hernández que los estudiantes de la institución nacieron y viven, en su mayoría, en el Distrito Federal (D.F.) y menos en el Estado de México. Las demás entidades de la República Mexicana tienen una participación mínima en la matrícula lo que, sin duda, repercute en la cultura institucional y en las características sociodemográficas y culturales del estudiantado. El autor encuentra que quienes habitan en el Estado de México se distinguen de quienes viven en el D.F., con todo y que los límites entre ambas demarcaciones son difusos. Al respecto, resulta interesante que Hernández utilice otras fuentes institucionales de información que permitan contrastar y complementar los resultados de la encuesta.

Es importante llamar la atención a un hecho que documenta el texto de Hernández y que debe ser tomado como telón de fondo de la lectura de los demás capítulos: la mayoría de los estudiantes de licenciatura de la UNAM viven en hogares cuyos ingresos son menores a los cuatro salarios mínimos, con todo y que un alto porcentaje de los padres tiene estudios superiores completos. Así, en cuanto a la composición económica del estudiantado universitario, los datos revelan la importante función social que desempeña esta institución en términos de democratización, pero también hablan de que en México la precariedad en los salarios afecta tanto a los profesionistas como a los que no lo son. Al llegar al final del capítulo de Hernández al lector no le cabrá duda de que en la UNAM conviven estudiantes con culturas, recursos, situaciones y posibilidades diversos y desiguales.

Por su parte, los capítulos de Muñoz y de Rueda y López-Valdez se sitúan, ambos, en otra perspectiva analítica. Siguen la tradición del estudio de los estudiantes, como tales, imbricando las prácticas, experiencias y opiniones de los estudiantes con las características del ámbito institucional. El texto de Humberto Muñoz trata sobre las percepciones y opiniones de los estudiantes acerca de los distintos actores universitarios. Inicia

llamando la atención sobre el hecho de que la institución es muy diversa y, consecuentemente, lo son las opiniones y percepciones de los estudiantes sobre ella. A esto se suma que la población estudiantil es cultural y socioeconómicamente heterogénea y, por lo tanto, menciona el autor, entre sus estudiantes hay opiniones muy diferentes respecto a la institución y sus actores.

Muñoz pondera la información referida a la escolaridad de los padres para indagar si guarda relación con las distintas percepciones y opiniones de los jóvenes sobre la UNAM y sus actores, pero señala que, con los datos de la ENEUNAM 2011, no se puede hallar una relación que sea concluyente. En cambio, encuentra que el nivel de avance en la carrera sí es un factor determinante en las respuestas de la encuesta, ya que, en general, a mayor avance suele haber mayor proporción de estudiantes con opiniones desfavorables. Esto puede deberse al desencanto que sufren los jóvenes durante el paso por la institución, debido a experiencias desagradables y expectativas no satisfechas, pero paradójicamente también puede ser que con la formación universitaria los jóvenes desarrollen capacidades para ser más críticos. En todo caso, dice Muñoz, esto merece ser estudiado con mayor profundidad.

En esta misma perspectiva de análisis, Mario Rueda y Luz López-Valdez ahondan en el tema de la relación entre estudiantes y profesores. Con toda seguridad, esta relación es la que define el proceso de enseñanza-aprendizaje y tiene una fuerte incidencia en el éxito o fracaso del mismo, puesto que, como lo dicen los autores, es por medio de la docencia como la universidad cumple el mandato de formar a los profesionales y ciudadanos adecuados al mundo actual y al futuro. Tomando en cuenta lo anterior, es valioso que los autores aclaren que hay que distinguir la diferencia entre la función de la docencia en las universidades y la evaluación del profesor respecto a esta actividad, porque docencia, como función, contiene un amplio espectro que la conforma: infraestructura institucional, características y condiciones de trabajo del profesorado, el currículo, etcétera. Todos estos elementos son el marco en el que se construye la relación entre profesores y estudiantes; de

ahí, recuerdan Rueda y López-Valdez, la dificultad de acordar los criterios para definir el perfil de “buen profesor”.

En el mismo capítulo se muestra que entre los estudiantes de licenciatura de la UNAM predomina una percepción positiva de la docencia pero que, sin embargo, existen puntos críticos. Entre éstos destacan las condiciones institucionales referidas a la cantidad de alumnos en los salones de clase y la suficiencia de equipo y mobiliario. Tomar en cuenta esto es muy importante en términos de política educativa porque indica que la posibilidad de seguir estirando el rendimiento de ciertas dimensiones básicas de la infraestructura física y del equipamiento didáctico de la UNAM ha llegado a su límite.

También señala este capítulo que los estudiantes perciben que los profesores cumplen cabalmente la normatividad institucional (asistencia y cumplimiento de temas y objetivos del programa) pero que son menos accesibles fuera de clase. Los aspectos críticos de la relación entre estudiantes y profesores la encuentran en la forma de calificar, el interés que los profesores tienen por los alumnos y en su capacidad para enseñar. Este hallazgo corrobora la necesidad de atender la formación docente del profesorado universitario y de desechar la idea de que para ser buen profesor universitario es suficiente tener dominio sobre la disciplina que se va a enseñar. Nos recuerda que los estudiantes son jóvenes y que mediante la formación docente de los profesores se abre la posibilidad de que en la universidad se construyan relaciones intergeneracionales “sanas”, que mejoren las percepciones y actitudes de los jóvenes sobre los adultos y viceversa.

El cuarto capítulo, de autoría de Manuel Durand, se inscribe en un marco analítico más amplio, tratando de reconocer en los estudiantes unamitas prácticas y representaciones vinculadas al cumplimiento del compromiso de la universidad de formar y fortalecer la condición ciudadana de los jóvenes. Para hacerlo, concibe la ciudadanía vinculada a la idea de los derechos individuales y al tema de la pertenencia a una comunidad. Al respecto, apunta Durand, que si bien los estudiantes de la UNAM tienen una identidad común en torno a ser universitarios, “unamitas”, no forman una

comunidad estudiantil ni mucho menos universitaria en el sentido abaricante de relación con los actores universitarios. Señala que en la UNAM sólo existen comunidades estudiantiles reales dentro de los planteles, escuelas y facultades, y aún ahí hay un sinnúmero de divisiones por carreras y especialidades y por distintos objetivos e intereses de los estudiantes. Pero éstas no son necesariamente comunidades cívicas porque no llevan acciones coordinadas con el fin de lograr una mejor inserción en la institución y satisfacer intereses.

Mediante el análisis de los datos sobre la ciudadanía de los estudiantes, el autor apunta que la vida cívica universitaria se encuentra inmersa en un círculo vicioso. La desconfianza de muchos jóvenes hacia los miembros de la comunidad, así como la existencia de relaciones sociales donde hay discriminación y polarización cultural, son síntomas de esta crisis. Además, las relaciones cotidianas entre actores universitarios son cívicamente precarias y prácticamente no existen canales institucionales para que los estudiantes puedan hacer algo para cambiar las cosas. Los datos encontrados implican que la docencia preserva relaciones verticales entre profesores y estudiantes, limitando la posibilidad de que los estudiantes experimenten en la universidad las prácticas de la ida democrática: dialogar, debatir, tolerar las diferencias, ejercicio efectivo de los derechos y de las responsabilidades.

Al llegar al quinto capítulo, el lector encontrará ya claramente la asociación de la condición estudiantil con la juvenil, relación que permanece presente en los tres últimos capítulos del libro, que detectan, por un lado, prácticas estudiantiles vinculadas con las culturas juveniles y, por otro, la exposición de los estudiantes a la escasez, inestabilidad y precariedad laboral, al igual que hoy lo están prácticamente todos los jóvenes.

En el quinto capítulo, Andrés Lozano, parte de la idea de que no todos los campus de la UNAM ofrecen las mismas facilidades culturales, tecnológicas y deportivas y se pregunta en qué medida lo que ofrecen los diferentes campus responde a las necesidades y expectativas juveniles de los estudiantes. Salta a la vista que, en general, las instalaciones del campus de Ciudad Universitaria (CU) son las mejor evaluadas por ellos.

La heterogeneidad de la oferta cultural, tecnológica y deportiva entre los campus de la UNAM es el telón de fondo de este capítulo. A su vez, la desigualdad sociocultural del estudiantado se traduce en diferencias en cuanto a las prácticas y al sentido y significado que los estudiantes otorgan a las actividades culturales y deportivas, así como al consumo digital. Dice el autor que la condición juvenil de los estudiantes los hace a todos portadores de la predisposición al deporte y a los consumos culturales, los cuales no necesariamente son escolares.

No es casual que el capítulo de Adrián de Garay y Dinorah Miller ahonde en el tema del ciberespacio en relación con la condición juvenil. Siendo el autor un experto en el estudio de los estudiantes, vistos como jóvenes, sabe bien que el uso de las nuevas tecnologías ha inaugurado un nuevo tipo de interacción social que construye juventudes y que a su vez es elaborado por los jóvenes. Siendo éste el marco de reflexión, un desafío mayor para la UNAM es admitir que el protagonismo de los jóvenes estudiantes en el acceso y uso de las tecnologías de la información en la comunidad (TIC) ha abierto enormes brechas entre generaciones y entre los propios jóvenes. Es indudable que el impacto social y cultural que esto tiene para la universidad merece ser estudiado con atención. De ahí que los autores señalen limitaciones de la eneunam 2011 para llevar a cabo un estudio profundo sobre el tema.

Afirman los autores que el fenómeno de la conexión al ciberespacio está prácticamente generalizado entre las nuevas generaciones, pero siempre en el marco de la desigualdad social y la diferencia cultural. En consecuencia, la brecha digital supone, para la UNAM, un enorme reto que debe enfrentar atendiendo cuestiones de "alfabetización" y sobre todo de deficiencias en los equipamientos e infraestructuras. Esto es fundamental porque los autores encuentran que en la institución hay un sector nada despreciable de estudiantes que no cuentan con computadora personal ni tampoco de escritorio en su residencia.

Parece que, en términos generales, en el ciberespacio hay menos diferencias entre estudiantes hombres y estudiantes mujeres; sin embargo,

el análisis que llevan a cabo De Garay y Miller evidencia que subsisten las diferencias de sexo en cuanto al uso que dan a las conexiones: las mujeres tienden a usar un poco más las redes sociales que los hombres y con mayor frecuencia ellas chatean y están en Facebook. Los hombres, por su parte, registran mayores porcentajes en la construcción de su web personal y de blogs.

El último capítulo del libro está dedicado a un tema que ha sido reconocido por organismos internacionales y gobiernos nacionales como uno de los problemas más graves que aquejan a la juventud contemporánea: el desempleo y la precariedad del trabajo. Dice María Herlinda Suárez que uno de los cambios acaecidos en las últimas décadas ha sido que la concepción de estudiante ligada a la juventud, a través del limbo de "la moratoria", ha perdido sentido y ahora se entiende que ser estudiante no implica necesariamente poder —o querer— mantenerse fuera del mercado de trabajo. Además, ha quedado claro que no por trabajar los estudiantes dejan de ser jóvenes.

Señala la autora que es interesante observar la creciente inserción de estudiantes al mercado de trabajo desde la perspectiva de la llamada "sociedad de la información y del conocimiento", ya que podría ser que el mercado los estuviera demandando justamente por ser portadores de estos dos bienes. Pero, esta perspectiva pierde sentido al tomar en cuenta (de) que la mayor frecuencia de inserción se da entre los estudiantes que pertenecen a grupos sociales antes excluidos de la educación superior. Desde esta perspectiva se explican las muy diferentes condiciones de trabajo que enfrentan los jóvenes universitarios y la situación de precariedad laboral que (enfrenta) vive la mayoría.

En cuanto a la razón que dan los estudiantes para trabajar resalta el hecho de que muchos no tienen alternativa: trabajan para poder estudiar. Los datos demuestran que esta opción retrasa sus tiempos de avance en la carrera; sin embargo, la mayoría valora positivamente contar con experiencia de trabajo, aunque sea frecuente que su ocupación y sus estudios no estén relacionados. En realidad, comenta la autora, la valoración positiva de la experiencia laboral entre los estudiantes es resultado de las realidades

y percepciones acerca de que el empleo es un bien escaso y que más vale irse familiarizando con el mercado de trabajo.

El paisaje delineado en todos los textos de este libro muestra estudiantes cuyo principal problema es la falta de tiempo. Según dicen, no tienen tiempo para hacer deporte, ni para realizar actividades culturales, ni para participar en grupos o actividades universitarias. Ante la consecuente desconexión que esto provoca entre la institución y sus estudiantes, la UNAM debe pensar en esta falta de tiempo como una nueva expresión de la exclusión juvenil, lo cual la obliga a desplegar ideas y llevar a cabo acciones para evitarla.

MARÍA HERLINDA SUÁREZ ZOZAYA